

*Camino sin señalar*

*~~Pinell~~*



Jaime Molina

**CAMINO  
SIN SEÑALIZAR**



Editorial Nazarí

© Jaime Molina, 2022

© Editorial Nazarí, 2022

Calle Ismail, 39  
18013 Granada, España  
[www.editorialnazari.com](http://www.editorialnazari.com)  
[info@editorialnazari.com](mailto:info@editorialnazari.com)

Primera edición, abril 2022  
Colección Cadí  
Edición a cargo de Editorial Nazarí

Ilustración de la portada: Jorge del Olmo

Depósito legal: GR 671-2022  
ISBN: 978-84-18163-94-4

Impreso en España - Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Repográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Elena MoLa*



*ESCLAVA mía, témeme. Ámame. Esclava mía!*  
*Soy contigo el ocaso más vasto de mi cielo,*  
*y en él despunta mi alma como una estrella fría.*  
*Cuando de ti se alejan vuelven a mí mis pasos.*  
*Mi propio latigazo cae sobre mi vida.*  
*Eres lo que está dentro de mí y está lejano.*  
*Huyendo como un coro de nieblas perseguidas.*  
*Junto a mí, pero dónde? Lejos, lo que está lejos.*  
*Y lo que estando lejos bajo mis pies camina.*  
*El eco de la voz más allá del silencio.*  
*Y lo que en mi alma crece como el musgo en las ruinas.*

Pablo Neruda

*I wanna be your slave*  
*I wanna be your master*  
*I wanna make your heart beat*  
*Run like rollercoasters*

Måneskin





## CAPÍTULO I

No hay deporte más extremo y ridículo que desafiar a la conciencia propia, siempre pierdes, siempre gana ella, es la selección alemana de fútbol en los Mundiales y tú la eterna candidata al podio. Por mucho que te empeñes, por mucho que te cargues de razón y de razones, aunque le dediques más tiempo que a otros quehaceres mentales menos arduos y más productivos, como dejarse llevar, no luchar, sea cual sea la esperanza y la ilusión que te impulsa, los motivos que te empujan o empujaron a obrar de aquella manera o de esa otra en contra de esa maldita conciencia inexpugnable, a pesar de que la edad te avisa del esfuerzo estéril y del sacrificio inútil, de que sabes que la rendición es la única derrota digna que te aguarda, a pesar de conocer ya el resultado antes de saltar al campo y disputar el partido, a pesar de una misma, de mí, al final terminas desafiándola y vencida y exhausta e insomne.

Su estrategia es sencilla y por tanto infalible. No ataca de frente, no salta cuando cometes el error ni tampoco lo que crees un acierto. Ella espera y acecha y espera, espera a que bajes la guardia, a que te confíes, a que ya haya pasado el trauma o la celebración y entonces, solo entonces, actúa en silencio inculándote la duda. Esa es su arma, esa es su bandera. Te susurra con sutilidad al oído: «escucha, Marta, creo que has actuado incorrectamente». Sí, llega un momento en que la conciencia te

llama por tu nombre de pila, con total confianza, pues te conoce de sobra, y da igual que esté mal o bien o regular, no importa que el Código Penal esté de tu parte y la ética también; el virus ya ha entrado en ti y se pasea por los recuerdos y las emociones tergiversándolo todo, poniendo patas arriba las certezas y los cánones. Y ahí termina el desafío y comienza la crónica de una derrota anunciada. De un insomnio que perdura y taladra aun cuando duermes.

El molesto ruido de un vehículo en la calle acelerando y frenando como si fuera un Fórmula 1 en la parrilla de salida del circuito me ha despertado abruptamente en mitad de la noche y por un instante he retenido la última impresión del sueño que me estaba atosigando. A partir de ahí, aturdida y cabreada por el desvelo involuntario, he conseguido recomponer la secuencia casi completa: me tenían sentada y esposada en un estrado frente a multitud de fiscales togados y con puñetas en las bocamangas. Me señalaban con sus dedos índices acusatoriamente, a grito pelado, algunos blasfemando contra mí, otros con la mirada fija e inmisericorde. El juez, sin embargo, dormitaba en su silla y un alguacil le propinaba codazos no muy disimuladamente para que volviera a la sala no solo de cuerpo presente. En uno de los laterales de esta había una pantalla gigante en el sentido más estricto del término, su dimensión era tal que no se medía por pulgadas, abarcaba la pared que la sostenía y se prolongaba por el techo ocupando por entero el habitáculo, formando una superficie de 360 grados en la que se proyectaban instantáneas de una celda carcelaria vacía y mugrienta con extraños adornos atados a los barrotes, juguetes sexuales la mayoría, ropajes negros ensangrentados, collares de bisutería barata, correas de perro, en fin, una colección de artilugios espantosos sin relación alguna salvo para mí. A dicha celda le sucedía sin solución de

continuidad el fotograma de un parque infantil igualmente desierto, con unos pocos columpios oxidados y abandonados que soportaban estoicamente una lluvia inclemente y el sonido cacofónico de un réquiem interpretado por miles de sirenas de coches policía aullando al unísono. Justo en ese escenario los acelerones y frenazos reales me privaron del desenlace onírico. Afortunadamente, debo reconocer ahora, pues no pintaba la cosa a mi favor.

Llevo varias noches sin dormir del tirón, sin dormir apenas, para qué maquillarlo. Sofocada por el calor y tal vez, o seguramente, por el jodido cargo de conciencia. No sé a ciencia cierta si la manera de comportarme con mi vieja amiga Irene ha sido la más correcta. Ni siquiera correcta sin más.

Al girarme bruscamente sobre la cama he despertado a Rodney que con un movimiento mecánico e instintivo ha rodeado con sus brazos mi cuerpo semidesnudo, sudoroso por el bochorno que entra por la ventana y que dificulta hasta respirar. Rodney es un buen hombre y con su gesto afectuoso solo pretendía tranquilizarme y ayudarme a encontrar esa paz perdida que tanto anhelo. No he correspondido a la caricia, la he rechazado inmediatamente con una rudeza que ha debido de molestarle aunque él se lo calle y no me lo reproche. Le conozco perfectamente, no es complicado cuando la persona con la que convives es un pusilánime declarado, un entregado a la causa de la pareja, sufra los arañazos que sufra, que hace gala de su transparencia incluso sin ser tan transparente como pregona. Ese carácter suyo pone en evidencia el mío, es un espejo en el que me jode reflejarme porque aparezco como una mujer brusca, exigente, seca, dura, distante, insensible. La tipa problemática que echa gasolina al problema. Y no siempre es así, no.

He notado cómo se incorporaba levemente sin abandonar el lecho apoyándose sobre un brazo y ha colocado la mano que le quedaba libre sobre mi hombro. He permanecido quieta, sin moverme, fingiendo en vano que permanecía aletargada, ajena a su tacto, a su voz serena y conciliadora preguntándome con ingenua dulzura si me sucedía algo. Soy consciente de que hubiese bastado una sola palabra, un ademán conciliador para responder y zanjar el asunto, su asunto, su preocupación por mí. Pero a veces resulta imposible convencer al cerebro para que emita la orden precisa y mueva el músculo oportuno y genere la palabra necesaria. No les he dado explicaciones, ni a Rodney ni a mi cerebro, he continuado inerte, en silencio, incapaz de articular una sola frase que me justificase o le hiciera partícipe de mi zozobra. Soy un desastre manifestando mis emociones aun cuando deseo compartirlas. Mi cabeza es un castillo tapiado del que escapa lo mínimo y donde fermenta el sentimiento de culpa rodeado de sus consecuencias no solo por el trato que profeso a Rodney, también a mí misma: le castigo, me castigo, no me perdono por mi proceder. Estoy en guerra y no hay otros enemigos más que yo.

Cuánta dulzura, he pensado en cambio mientras sentía el mímico de su mano. Una percepción que no he expresado ni transmitido de viva voz porque presentía que mis palabras, su entonación, resultarían más lacerantes que el mero mutismo, que la reserva obstinada a dar explicaciones. Dar explicaciones a otros supone una tortura añadida porque ya me las doy todas, demasiadas, a mí misma.

Él se ha levantado de la cama y con los párpados entrecerrados lo he visto salir del dormitorio. He oído el sonido de sus pasos dirigiéndose a la cocina, abriendo el frigorífico para beber agua y refrescarse, he continuado acechando su caminar arras-

trado hasta que se ha detenido en el baño y una vez allí ha accionado el grifo de la ducha. Por el escaso tiempo que ha tardado supongo que se habrá limitado a mojarse la cabeza. No es la primera vez que lo hace, inclinarse por fuera de la bañera, dejar correr el chorro para empaparse el pelo y que el agua resbale libremente por su cuerpo antes de acostarse de nuevo salpicado de gotas, desprendiendo un olor característico mezcla de sudor y humedad fresca. Cuando ha vuelto a meterse en la cama ni siquiera ha intentado aproximarse, tenía la lección aprendida. Es gracioso y curioso y triste porque de haberlo hecho se lo hubiera permitido, habría sucumbido a esa ternura casi angelical marca de la casa. He deseado y rogado por un segundo que repitiese la pulsión previa, que retomara esa caricia incompleta que le rechacé grosera e inopinadamente. ¿Pero cómo voy a ser capaz de comunicarle ese goce ansiado cuando mi mente y mi cuerpo parecen empecinados en contradecirse mutuamente? Y ahí reside mi conflicto interior: me odio y me gusto tal como soy. Me molesta que Rodney se reconozca un pusilánime y a la vez me atrae esa sumisión a mi desapego. ¿Hasta cuándo me aguantará? ¿Cuál será su límite? ¿Por qué sigue a mi lado y por qué yo al suyo?

Pronto amanecerá. Por la ventana despuntan los primeros haces de luz que rompen la penumbra grisácea del dormitorio y se incorporan a este como una neblina pesada, como una promesa incumplida que ilumina a tientas, a regañadientes. Ha transcurrido ya más de un mes desde la última vez que vi a Irene y sigo analizando, reconstruyendo, matizando lo que ocurrió en aquel encuentro incómodo, feroz, imprevisible en su curso y en su desenlace, como el extraño sueño con que me he despertado. Quién era ella y quién yo en semejante situación, cómo acabamos allí, qué pretendíamos, qué conseguimos, qué perdimos la

una de la otra, qué salvamos. Interrogantes y más interrogantes sin una respuesta clara, concisa, determinante para cada uno de ellos. ¿Me equivoqué yo o se equivocaron conmigo? ¿Me engañó ella o me engañé a mí misma? La lista de preguntas crece sin medida al mismo ritmo que mi desasosiego. El muro entre ambas es tan alto y grueso como magnético. Nos separa, nos repele y nos une. Lo saltamos, lo asaltamos y regresamos a la casilla de inicio. A la nada.

Ignoro qué clase de juicio de valor me forzó a actuar en connivencia permitiéndola escapar de un destino que se revelaba ineludible para ella, para las dos, y que como el tiempo terminó por demostrar no era más que una huida hacia delante, hacia ningún lugar lo suficientemente seguro, un simple aplazamiento. Irene se ha metido en el traje de ese personaje del cuento que trató de engañar a la muerte refugiándose en otra ciudad. Y ese mismo traje también cuelga de una percha en mi armario.

Miro de soslayo la puerta del dormitorio y el trozo de pasillo que mi ángulo de visión alcanza. Cierro los párpados y suspiro. Suspiro hondo para escucharlo. Me levanto de la cama despacio y me aproximo a la ventana, observo a través de ella la nostalgia, la luz, la calle. El vehículo que me despertó ya no acelera ni frena ni está. Tampoco yo estoy del todo.

—¿Vas a volver a la cama? —me pregunta Rodney cauteloso, escaldado de antemano.

Me giro para ofrecerle mi rostro pero sin contestar, sin abrir la boca, sin piedad, me temo.

Abandono el dormitorio y entro en la habitación contigua, el despacho. Rebusco en mi bolso colgado de un perchero y saco un cigarrillo y el mechero. Lo prendo, inhalo el humo en ayunas y toso. La primera calada es mortal, la segunda es la buena. Como con la vida, ¿no? Sobre la mesa reposa el ordenador por-

tátil que compartimos. Me siento en la silla ergonómica, conecto el aparato a la toma de electricidad e inicio sesión con mi contraseña; esa no la compartimos, cada cual tiene sus secretos virtuales, sus vicios inconfesables, sus derrotas por escrito.

Ha transcurrido ya más de un mes desde la última vez que vi a Irene. Mis colegas de la Policía me acusan de haberla dejado escapar, aunque no han podido probar nada.

Incluso Rodney, sin decírmelo, me acusa veladamente, desde la condescendencia. Resulta duro comprobar que ciertas personas, las más allegadas, te grapan la etiqueta que les conviene, te señalan con el dedo.

Me acomodo en el respaldo, relajo los hombros, relajo la espalda y los brazos, se me resbala el culo hacia delante, pego caladas cortas, nerviosas.

Mucha gente afirma que si pudiera volver atrás en el tiempo cambiaría la mayor parte de sus decisiones. Allá esa gente. A estas alturas, asumiendo y padeciendo los errores cometidos, bastantes si los enumerase y clasificase por orden alfabético, creo que yo no cambiaría nada.

Pongo otro pitillo en mis labios, tuerzo la comisura, muerdo el filtro y revisito con un espíritu distinto las escenas inconexas del sueño raro, las recompongo con la mente despabilada y *balanceándome* en un columpio oxidado declaro:

—A la mierda, señores fiscales. A la mierda ustedes y sus dedos y el juez que ronca y el alguacil que lo codea y la celda vacía y los adornos cutres. A la mierda yo, qué demonios, qué a gusto.

Sonrío imaginando a ese elenco echándose las manos a la cabeza, insultándome y despotricando y reclamando a los carceleros que me encierren. Sonrío y les sostengo la mirada y esta vez no me callo, no me escondo, no hago mutis por el foro, no me rindo.

—Lo siento, no lo puedo evitar —adviento a mi audiencia.  
Pero en la realidad, en el despacho, a estas horas, no hay más audiencia que el calor, la duda y mi conciencia.



## CAPÍTULO 2

**H**abía sacrificado su pausa oficial del almuerzo comiendo deprisa en un restaurante japonés cercano a la oficina, consultando el móvil y engullendo a la vez, de pie, en la barra destinada a la salida de los pedidos a domicilio, mezclando el *sushi* con la tempura y la sopa de mijo como si fuera un plato combinado de siete euros y siete bocados, un *totum revolutum*, una paella oriental con cosas. Pagó la comanda al encargarla por ahorrar aún más tiempo, bebió directamente de la botella de agua con gas y se dijo a sí misma lo tonta que era con treinta y cinco años cumplidos y un cargo de responsabilidad en la empresa que le permitía hasta cierto límite organizarse la jornada laboral a su criterio sin ofrecer demasiadas explicaciones a jefes y subordinados siempre y cuando la tarea se llevase a cabo en plazo y forma. Recordó entonces la frase de un antiguo jefe, del que no guardaba demasiado buen recuerdo: *La libertad nos hará mejores esclavos.*

Le sobraron tres cuartos de hora tal y como calculó antes de empezar y se congratuló por haber batido el récord anterior. Irene se despidió del camarero que la atendió agradeciéndole la premura en servirla y abandonó el local con un plan temporal perfectamente diseñado y compartimentado. Tanto para caminar, tanto para comprar, tanto para volver al coche y tanto para reincorporarse al tajo.

Anduvo por la calle sin dejar de manipular el teléfono, segura de sus pasos y con la ruta bien aprendida. Giró en la segunda a la izquierda, luego en la primera a la izquierda de nuevo y a unos doscientos metros se detuvo frente a un sex-shop de escaparate discreto para lo que se suele estilar en el gremio y con nombre de boutique afrancesada, bien por despistar o por homenajear a su inspirador marqués. *Este es*. No le había hecho falta guiarse por el GPS, llevaba memorizada la dirección y los detalles para identificarlo. En la puerta del establecimiento lucía un letrero informando de que en su interior había una sección especializada en BDSM. Irene oteó a un lado y a otro por si la casualidad le deparaba una cara conocida que pudiera delatar su secreto y se animó a entrar ante la ausencia de testigos.

Dentro se hallaban pocos clientes, la mayoría veinteañeros de ambos sexos y un par de hombres maduros que, a juzgar por su vestuario y aspecto, frisaban la cincuentena. Casi todos iban solos, a su aire, como ella misma, curioseando de estantería en estantería, haciéndose los distraídos mientras vigilaban a hurtadillas a los demás. También localizó a una pareja bisoña; calculó que no tendrían más de veinticinco cada uno; hablaban de forma inaudible y entre risas pícaras examinando los maniqués cubiertos con corpiños y ligeros de fantasía. *Si se los tuviera que poner él, seguro que no le parecería tan gracioso*. Irene se abstrajo de la clientela y fue directamente hasta el mostrador donde una dependienta también joven con piercing en la nariz, ataviada con ropa negra ajustada, moderna rayando lo hortera de extrarradio, se entretenía consultando la pantalla del ordenador. Irene la interrumpió en un tono educado y bajo para no ser escuchada por el resto de la parroquia.

—Hola. He leído afuera que tenéis una sección de BDSM —su aplomo contrastaba con la delicadeza de la voz.

La dependienta apartó la vista del monitor y sonriendo por deformación personal se fijó en que Irene era alta, muy atractiva, con el cabello oscuro, largo, demasiado peinado y cuidado para su gusto, demasiado conservadora y muy pija con tanta marca cara adornando sus prendas.

—Así es. ¿Qué es lo que buscas? —tuteó por defecto, sin mala baba, por orgullo de clase.

Irene sacó del bolso una lista manuscrita en la que llevaba anotada una serie de artículos y se la extendió a su interlocutora que la escrutó y repasó sin permear reacción alguna.

—¿Vas de sumisa? —resumió.

Irene lo confirmó asintiendo con la cabeza.

—Bueno, creo que lo tenemos todo pero te lo confirmo con el catálogo.

—Vale —Irene se había propuesto ser parca en palabras.

La dependienta tecleó en el ordenador las correspondientes referencias y esperó paciente a que la base de datos arrojase los resultados de la búsqueda. Entretanto Irene ojeó a su alrededor y enfocó el barrido en la colección de artilugios masturbadores expuestos en una esquina reconociendo su modelo de *Satisfayer* y comprobando que disponían de otros formatos actualizados. Le tentó por un instante acercarse hasta allí y escoger uno de los más sugerentes pero contuvo esa pulsión repentina porque no figuraba en la lista, y su *obligación* era ceñirse a ella. La dependiente cortó ese ejercicio mental de debilidad-fortaleza con el que se había puesto a prueba.

—Confirmado, tenemos todo disponible en el almacén. Si es la primera vez yo te recomendaría que te llevases solo dos o tres cosas. El lote completo te saldrá caro.

—No hay problema. Quiero que la cita sea un éxito —que le saliese caro a Irene le suponía un plus más que un inconveniente.

—En ese caso, si vas a triunfar, yo incluiría un par de artículos más. Funcionan muy bien para las sumisas y te haré un precio especial —el gen vendedor de la dependienta se había activado ante una clienta tan espléndida y audaz.

—No, gracias, solo quiero lo que hay en la lista —dijo con seguridad.

La dependienta hizo un último intento para que la caja rebosase y usó su mejor sonrisa para la ocasión.

—Ni siquiera me has preguntado de qué se trata.

—Me da igual. Es lo que me han pedido. Voy de sumisa, ¿recuerdas? —el tono decidido y tajante que había adoptado le reportó una satisfacción inmediata: había zanjado el asunto y había ganado el punto.

La dependienta, asumiendo su dulce derrota comercial, salió del mostrador con la lista en la mano y comenzó a traer cajas que fue colocando sobre la encimera de este. Una mordaza de bola, pinzas japonesas con pesas, una barra de inmovilización de pies, cuerdas de yute tratado de siete metros, una vara de ratán, un gancho anal doble, un espéculo de acero, un *tawse* triple de cuero. Conforme el pedido iba ganando volumen algunos clientes aprovecharon para *desnudar* a Irene imaginándola en acción con ese arsenal. Eso a ella le azoró y agradó aunque no demostrase emoción alguna al respecto. La dependienta terminó de acarrear la mercancía, introdujo los códigos en el ordenador con el lector de infrarrojos y dispuso las cajas en una bolsa de papel grande sin distintivo de la tienda. *Discreción y dolor*, pensó Irene al ver esa bolsa, y aquellas dos palabras le trajeron a la cabeza el recuerdo de una película de Almodóvar.

La dependienta extrajo el tique con el importe a pagar y se lo entregó a Irene.

—¿Efectivo o tarjeta? —añadió mecánicamente aunque intuía la respuesta.

—Efectivo.

Irene tenía ya preparada su cartera y extrajo los billetes necesarios para abonar la cantidad; ni siquiera reparó en el precio unitario de cada utensilio, *eso sería muy cutre*, pensó con menosprecio. La dependienta sujetó la bolsa hasta que ella la tomó por el asa y ambas intercambiaron una breve, cómplice y, cómo no, sonriente despedida.

—Muchas gracias. Y buena suerte.

Irene se encaminó hacia la puerta cruzando por delante del rincón con el estante de los succionadores de clítoris. Su intención era pasar de largo sin ceder ni salivar pero antes de empujar el picaporte se frenó para regodearse en lo íntimo con el deseo reprimido latiendo fuerte entre sus muslos. A punto estuvo de aproximarse unos centímetros más y pegarse el capricho si no hubiera sido por su férrea disciplina y por la intervención de la dependienta que desde su posición la alentó a sucumbir causando el efecto contrario.

—Qué dilema, ¿eh? —planteó burlona—. Dale, llévatelo, te hago descuento.

Irene ni se molestó en rehusar la propuesta aunque ganas tuvo de aconsejarle por dónde se podía meter el cacharro. Posó la barbilla sobre su clavícula como un caracol se guarece en su concha, franqueó la puerta y ya a salvo en el exterior se premió por ese doble acto de contención. *Bien hecho*, pensó, y notó que la excitación del momento la había humedecido.

\*  
\*\*

Conducía Joaquín, el compañero policía de Marta, un tipo afable y tranquilo de cuarenta y pocos años, con más vocación que ambición profesional dados su edad y bajo rango en el cuerpo, con una incipiente barriga cervecera y profundas entradas en la cabellera que eran su amargura cuando se las recordaban o le comparaban con los pipiolos recién incorporados a la brigada, altos, atléticos, rubicundos y para su desgracia con pelazo.

Ambos patrullaban en uniforme de batalla por la zona asignada a bordo del coche zeta que ya olía a ellos después de casi un lustro compartiéndolo. Les costó al principio entenderse, sobre todo por el carácter hosco de Marta, pero el roce y el riesgo terminan forjando si no el cariño al menos una mutua tolerancia y un atisbo de confianza. Joaquín a veces bromeaba sobre el carácter de Marta y decía que si uno se veía forzado a charlar con una piedra, con paciencia y perseverancia la piedra terminaría contestando algo. Así que esa especie de complicidad les daba para tratar asuntos personales, asuntos triviales, bromear cuando se terciaba y también callar. No les molestaba el silencio, sabían que era necesario para desconectar, para descansar el uno del otro cuando acumulaban horas y horas enlatados en esa ratonera con ruedas.

Marta nunca se sintió atraída por su colega y este tampoco había emitido señales de ese palo. Los dos se respetaban —se soportaban— y jamás se les pasó por la cabeza complicar su relación profesional con una posible aventura. En el pasado ella tuvo algunos escarceos con polis que no acabaron bien, incluso perjudicaron su carrera por los cotilleos que se difundieron malintencionadamente. Escarmentó y asumió que tontear no era lo suyo, momento a partir del cual se ganó su merecida fama de mujer rocosa. *Demasiada piedra*, decían algunos de sus colegas.

Una mujer dura que a sus treinta y cinco años acostumbra a esconder las emociones tras la placa y desde que puso punto final al jugueteo cumplía con su horario, con su deber público, evitando complicaciones sentimentales en el entorno laboral y dedicando sus breves raptos de afecto a Rodney, el buenazo de su novio. *El calzonazos de Rodney*, como le tildaban quienes conocían a la pareja. Ni siquiera le preguntaba a Joaquín por sus líos con alguna del cuerpo. O con alguno. No le interesaba lo más mínimo esa faceta.

El aviso desde la centralita les pilló recorriendo lentamente una avenida de cuatro carriles poco transitada, por radio se les comunicó que se estaba produciendo un altercado en el interior del bar El Peruano, en la calle Tablada.

—Central, al habla Marta Novoa. El agente Joaquín Costa y yo estamos muy cerca. ¿Vamos para allá?

En la Central esperaron a recibir otras ubicaciones próximas para coordinar el operativo y tras un minuto se asignó la intervención a Marta y Joaquín recomendándoles prudencia pues ignoraban el número de implicados y si estos iban armados.

—Armados no sé, pero te apuesto a que van hasta las cajas de alcohol —Joaquín acompañó el comentario arrimando el dedo pulgar a la boca con el meñique extendido simulando que empinaba el codo.

—Recibido. Corto —Marta cerró el micrófono y propinó un manotazo en el hombro a su compañero—. ¡Te tengo dicho que no me hagas reír cuando estoy hablando! —la regañina entrañaba más guasa que enfado.

—Es tan triste conducir y beber solo...

—Tuerce en esa esquina que hace chaflán, anda.

Joaquín obedeció sin más lloriqueos fingidos, tomó la dirección indicada y a los pocos metros maniobró para aparcar frente

al bar. Marta desabrochó el cinturón de seguridad y bajó del coche aún en marcha.

—Espera, leches, no seas cagaprisas.

—Nos vemos dentro. Aparca bien no vayan a calzarnos una multa los vigilantes de la ORA.

Enfiló a paso ligero hacia El Peruano y entró con la mano agarrando el mango de la porra todavía sin desenfundar. Al fondo del establecimiento divisó a tres hombres enzarzados en una pelea. Gritaban, se insultaban y lanzaban más golpes al aire que al adversario. Uno de ellos logró someter a otro retorciéndole el brazo, forzándolo tras la espalda y obligándolo a besar una mesa. A pesar de la postura este se resistía dando coces a diestro y siniestro, jurando que le jodería vivo si no le soltaba. A Marta le hizo gracia que dulcificara así su evidente derrota. El tercero en discordia se retiró y permaneció como mudo espectador quizá por miedo a ser el siguiente en cobrar. Parapetado tras la larga barra del garito el encargado amagaba con poner orden sin pringarse.

—¡Dejadlo ya, hostias! ¡Mataos fuera de mi bar!

Marta se acercó para mediar y separar a los luchadores aunque no fue necesario, su mera presencia les intimidó y estos depusieron su actitud de inmediato.

—¡Policía! ¿Qué es lo que pasa aquí?

—¡Ese cabrón va puesto y me golpeaba sin ningún motivo!

—explicó jadeante el del brazo torcido. Al escucharlo el atacante se abalanzó de nuevo sobre él con el puño cargado.

—¡Te voy a dar yo motivos, gilipollas!

Con un movimiento ágil Marta se interpuso a tiempo y empujó al energúmeno para mantenerlo a distancia de su víctima. De regalo se llevó un escupitajo en la cara que provocó en ella un tremendo asco y sin mediar palabra le sacudió un derechazo



en la mandíbula al agresor que lo tumbó en el suelo. Antes de que reaccionase se agachó y lo esposó.

—Tú lo has querido. Estás detenido por resistencia a la autoridad.

—¡Suéltame las manos! ¡Te voy a enseñar lo que es autoridad, zorra!

—Vuelve a abrir la boca y te muelo a palos, animal.

Por suerte para el abatido en ese momento se incorporó Joaquín a la escena y separó a Marta del caído evitando que se propasase un grado más.

—¡Voy a denunciaros por agresión y abuso de autoridad! ¡Tengo testigos! —amenazó el esposado ya de pie.

Marta se quitó la saliva de la cara con un pañuelo y lo esgrimió a la altura del rostro del detenido.

—O te callas o te hago tragar esto.

Joaquín tiró de él para sacarlo de allí por su propio bien y encajarlo en el asiento trasero del coche patrulla. Marta sin embargo permaneció un rato más junto al resto del personal.

—¿Alguien más quiere presentar una denuncia?

Todos callaron acojonados, Marta aprovechó para tirar de libreta y bolígrafo.

—Así me gusta. Ahora tomaré nota de vuestros nombres y DNI. Y me vais a contar lo que ha pasado aquí. ¿Estamos?

Sin romper el silencio los dos hombres y el encargado asintieron con la cabeza y se miraron de reojo. Joaquín aguardaba fuera fumando un cigarrillo y vigilando a través de la luna lateral que el detenido no escupiese sobre los asientos ni los manchara de sangre porque luego le tocaría limpiarlos a él. Marta apuntó los datos y devolvió la documentación a clientes y encargado. Dirigiéndose al agredido le expuso el siguiente paso sin opción a que se negara.

—Tú te vienes conmigo a la comisaría para firmar la declaración.

—¿Tengo que ir en el mismo coche que ese?

La mirada fulminante de Marta le convenció para seguirla sin exigencias ni quejas. De camino a la comisaría, con Joaquín al volante, ella informó por radio de lo sucedido anunciando el traslado de los implicados. Un par de veces se giró para desafiar visualmente al fanfarrón que la había provocado, pero este agachó la cabeza dócilmente y evitó la confrontación. El otro temblaba a su lado. Joaquín los observó por el espejo retrovisor y le dedicó a Marta una mueca socarrona.

—¿Todo bien, poli dura?

—No sé de qué me hablas, este cabrón de atrás me ha partido una uña.